

# La afectividad. Algunas consideraciones desarrolladas a lo largo de su historia

*The affectivity. Some considerations developed in his theoretical course*

Recibido: 12/5/2019

Aceptado: 23/8/2019

Freddy Varona Domínguez <sup>1\*</sup>

<sup>1\*</sup> Doctor en Ciencias Filosóficas. Profesor en Universidad de La Habana, Cuba.

Email: [fvarona1960@gmail.com](mailto:fvarona1960@gmail.com)

**Para Citar:** Varona Domínguez, F. (2019). La afectividad. Algunas consideraciones desarrolladas a lo largo de su historia. *Dialektika: Revista De Investigación Filosófica Y Teoría Social*, 1(2), 8-21. Recuperado a partir de <https://journal.dialektika.org/ojs/index.php/logos/article/view/12>.

**Resumen:** En el presente trabajo se recogen algunas consideraciones que se han desarrollado en torno a la afectividad y sus componentes: las emociones, los sentimientos y las pasiones. El objetivo de este es destacar relaciones teóricas, explícitas e implícitas, que han tenido lugar en el seno de dichas consideraciones o a propósito de estas. Este estudio, que se despliega desde una perspectiva filosófica y con un enfoque universalista, reúne elaboraciones teóricas de autores imprescindibles de estas temáticas, cuyos criterios, en diversas medidas y por diferentes características, son valiosos. Entre ellos están Vives, Descartes, Hume y Adam Smith.

**Palabras clave:** emoción, sentimiento, pasión, razón, facultades humanas.

**Abstract:** In the present work it gathers some considerations that have developed around affectivity and its components: emotions, feelings and passions. Its objective is to highlight theoretical, explicit and implicit relationships that have taken place within these considerations or based on them. This study, which is deployed from a philosophical perspective and with a universalist approach, brings together theoretical elaborations of essential authors of these themes, whose criteria, in various measures and by different characteristics, are valuable. Among them are Vives, Descartes, Hume and Adam Smith.

**Keywords:** emotion, feeling, passion, reason, human faculties.

## INTRODUCCIÓN

Puede parecer extraño e incluso descontextualizado, hablar de la afectividad en un mundo tan racionalista como el de la segunda década del siglo XXI (la centuria veloz), donde además abunda la propensión a los beneficios materiales y, de hecho, a su obtención rápida, segura y mucho mejor si es fácil y de bajo costo. Pero son estas mismas características las que condicionan la necesidad de tratar ese otro tipo de temas, como el de la afectividad, que está encaminados a la parte espiritual humana, aunque no está totalmente desligado de las mismas, tampoco se limita a ellas; más bien las sobrepasa, porque, también se relacionan en toda su extensión con las ideas, los ideales, las ideologías, los valores, la moral y, entre otros aspectos más, con el eje eterno que forman el bien y el mal.

La afectividad y las diversas ideas que existen en torno a ella constituyen un entramado verdaderamente cautivante para quien se interese por ella y atrapa con sus redes teóricas y los laberintos en los cuales existe en los individuos y la sociedad. A lo largo de la historia de la humanidad ha llamado la atención, ante todo, de filósofos, psicólogos y pedagogos, pero no han sido ajenos a sus encantos otros especialistas, como los comunicadores e incluso los médicos (y no exclusivamente los siquiátras), además de muchos hombres y mujeres que se dedican a las faenas educativas. Entonces no ha de extrañar que en torno a ella exista un cúmulo considerable de criterios, diversos y contrapuestos entre sí, con especificidades e importancia teórica.

El objetivo del presente trabajo es establecer algunas relaciones teóricas entre las diversas concepciones acerca de la afectividad y sus componentes. La bibliografía empleada es variada, aunque muchas fuentes son de épocas, una parte considerable de ella fue publicada en los últimos cinco o diez años.

## DESARROLLO

Uno de los criterios más notorios en torno a la afectividad es el del psicólogo y pedagogo suizo Jean Piaget (1896-1980). Su repercusión teórica ha sido grande, sobre todo en la psicología y la pedagogía. concibe la afectividad formada por las emociones, aunque incluye en ella los sentimientos y “las diversas tendencias, incluso las ‘tendencias superiores’ y en particular la voluntad” (Piaget 2005, p. 18). La lectura de sus

textos conduce a pensar que la entiende diferente a lo racional y, más aún, separada de este.

Puede hallarse otros estudiosos con ideas próximas a la modalidad piagetiana, pues entienden la afectividad como sinónimo de la emotividad (Surrallés 2005, p. 1), o sea, de aquello que tiene relación con las emociones, que las produce o que es sensible a ellas. También es posible encontrar autores que, aunque se alejan del psicólogo suizo, se mantienen en las mismas dimensiones teóricas ya que consideran que está constituida por las emociones, pero en los límites de estas les dan cabida a los sentimientos e incluyen “cuestiones más ‘intelectuales’ como son los intereses, la simpatía y la antipatía [...], las actitudes de carácter ético, etc.” (Carretero 2005, p. 9). Esta concepción toma como punto de partida a los afectos (entendidos estos como cariño, amor) y sus contrarios. Cercano a esta manera, en cuanto a sus vínculos con lo intelectual, está el modo de concebirla como una “zona intermedia donde se unen lo sensible y lo intelectual,” (Quintanilla 2003, p. 254) pero no queda claro ni cómo se unen, ni qué sucede después de unirse; no obstante, posee el mérito de permitir la unidad de dos aspectos que históricamente se han concebido separados y contrarios.

En cuanto a los vínculos entre la afectividad y la razón, merecen un aparte los criterios del filósofo español contemporáneo José Antonio Marina (1939), para quien los fenómenos afectivos están relacionados con los valores. Puntualiza que estos son “aquellos aspectos de la realidad que resultan atractivos o repulsivos, convenientes o perjudiciales, placenteros o dolorosos, reforzadores positivos o aversivos” (Marina 2005, p. 34); de tal modo, no solo están relacionados con lo agradable y lo desagradable, sino que tiene un cimienta más profundo porque a la luz de sus ideas se vinculan con el bien y su opuesto o negación: el mal, pero en función de las necesidades. Su opinión se fundamenta en que todo organismo está apto para captar las necesidades, le da capacidad para seleccionar y le facilita el modo para orientarse, conseguir lo conveniente o huir de lo perjudicial; para él, solo algunos valores son morales, pues “las sensaciones/sentimientos de placer y dolor, y los sistemas instintivos de impulso/descadenante/acción de cumplimiento, son elementos básicos de la afectividad” (Marina 2005, p. 34) y, de hecho, la relaciona con la acción.

Ante la diversidad de criterios, un procedimiento al alcance de todo estudioso, que posibilita entender con profundidad

cualquier categoría, es la aproximación semántica a la misma. La primera información que ofrece esta modalidad respecto a la afectividad es que esta palabra significa cualidad de afectivo. Pero esto no es suficiente para adentrarse en las profundidades de dicha categoría, así que es preciso continuar y ahondar en el vocablo afectivo. Mas el obstáculo persiste en cierta medida, porque lo que arroja la búsqueda en diccionarios de varias índoles es que con dicho vocablo se hace referencia a aquello que pertenece a los sentimientos, la sensibilidad y el afecto, o se relaciona con ellos. De tal suerte, si se quiere lograr una idea más profunda, hay que seguir la huella de cada una de estas tres palabras.

Al ir por la línea del vocablo *sentimiento* se capta que este tiene dos significados, primero, acción y efecto de sentir o sentirse, y segundo, el estado del alma causado por impresiones. Al ahondar en la primera acepción, se capta que la palabra sentir tiene, entre otras acepciones, la de experimentar sensaciones producidas por causas externas o internas, a las cuales los sentimientos están ligados esencialmente. En cuanto al estado del alma, los argumentos encontrados convergen en los que se ofrecen en torno al verbo sentir.

Si el movimiento cognoscitivo se realiza por la vía del término sensibilidad, se puede captar que por esta se entiende la facultad de sentir, propia de los seres animados, y la capacidad de responder a los estímulos, pero también, la propensión natural de los seres humanos a dejarse llevar por los afectos, sobre todo la compasión y la ternura.

Y si la marcha es rumbo al vocablo afecto, se halla que este tiene dos grandes acepciones: inclinado a alguien o algo, y la afición por alguien o algo, sobre todo de cariño y amor; pero no se puede ignorar sus vínculos con el verbo latín *affectare*, que tiene entre sus significados hacer impresión en alguien, causando en él alguna sensación; tampoco se puede soslayar que se deriva del latín *affectus*, que significa sufrir alteración. Por eso, aunque afecto se usa con mayor frecuencia para referir estados espirituales vinculados al amor y al placer, con él también se puede hacer alusión a aspectos negativos: la alegría y la tristeza puede entenderse como afectos. No ocurre así cuando se trata de afectuoso y afectuosa, pues en este caso el vocablo se usa para decir que alguien es cariñoso, tierno o amoroso, y no lo contrario.

De lo anterior se desprenden dos conclusiones. La primera de ellas es que a palabra afectividad, desde sus raíces, es un sistema integrado por los sentimientos y los grados de reacciones de estos, por lo cual abarca también las emociones y las pasiones, así como la tendencia a las reacciones emotiva, sentimental y pasional, con la diversidad de las manifestaciones individuales y sociales, y los nexos entre ambas. La segunda es que está ligada esencialmente al amor (no solo sexual) y su negación; por esta causa se ubica en el eje placer-dolor, y es aquí donde se desencadena como impulso axiológico conducente a la acción.

El modo de entender la afectividad como un sistema integrado por las emociones, los sentimientos y las pasiones, es compartido por varios autores (Morin 1999, p. 13; Quintanilla). Uno de los ejemplos más antiguos y que muestra gran solidez teórica, está dado por los razonamientos del filósofo escocés David Hume (1711-1776), quien clasifica las percepciones de la mente humana en dos géneros: las impresiones y las ideas. Las diferencias entre ambas las establece por la vivacidad y fuerza con que se presentan al espíritu humano, al pensamiento y la conciencia. Según su opinión, las primeras son las más fuertes y vivaces, y por tal causa, entiende que son las que penetran con mayor fuerza al espíritu humano, al pensamiento y a la conciencia. Entiende que las impresiones están formadas por (en el mismo orden en que opina que aparecen en el alma) las sensaciones, las pasiones y las emociones (Hume 2001, p. 20), las ubica en el ámbito de la mente y las subordina a la razón.

Estudiar estos asuntos teóricos es una tarea colmada de dificultades. Entre ellas puede mencionarse algunas, quizás las más notorias: no son tan claros como otros actos y hábitos, por ejemplo, los cognoscitivos; son muchos y muy variados; y, dependen de una gran cantidad de factores, entre los cuales figuran las características individuales (el temperamento, la edad, la salud) y las sociales (época de paz o de guerra, bonanza o crisis económica, marco de amigos o enemigos). A esto se le debe añadir la contrariedad producida por enfermedades psiquiátricas (ansiedad, depresión, etc.) y el sentimentalismo, que acaece cuando se vive en función de los sentimientos y se abusa de ellos (con frecuencia, quien lo posee, es muy difícil que lo comprenda) (Sellez 2010, p. 7). A ello se suman las dificultades del empleo de estas palabras, un ejemplo es el uso de *lo afectivo* como sinónimo de *la afectividad* pues, aunque en sentido general tienen el mismo significado, hay autores que emplean la primera forma no

solo para referir el estado interno del yo que está matizado por las tonalidades agradables y desagradables, sino para separarlo de lo racional y lo voluntario, y más aún, para oponerlos. Otro ejemplo es que las categorías *sentimiento*, *emoción*, *afecto* y *estado afectivo* a veces se emplean como sinónimos, pero no lo son, el estado afectivo alude a *atmósfera* o *ambiente* dado por las emociones, los sentimientos y las pasiones, sobre todo por las primeras y las terceras, tanto positivas, como negativas (Maisonneuve 1953, p. 13), en determinado momento y en circunstancias específicas, además, cada una de las otras tres tiene sus especificidades. Por ende, al tratar el tema de la afectividad no basta con delimitar su alcance y precisar sus componentes teóricos, para ganar claridad y hondura en la misma, es indispensable profundizar en cada uno de dichos componentes y determinar qué se entiende por cada uno de ellos, a sabiendas de que este es un contenido complejo, característica esta que facilita las omisiones, los excesos y las insuficiencias.

## LAS EMOCIONES. ALGUNOS CRITERIOS ESENCIALES

La palabra emoción proviene del término latín *emotio*; suele usarse en dos sentidos: uno, alteración del ánimo, intensa y pasajera, agradable o desagradable, que se presenta con alguna modificación somática (es este el que se usa con mayor frecuencia); dos, gran interés por algo. No faltan autores quienes bajo la denominación de emociones incluyen todos los fenómenos afectivos complejos, vinculados a las representaciones sensoriales o a las imaginativas, entre ellas la alegría y la tristeza, la ira y la templanza, e incluso el amor, para distinguirlas de las afecciones simples o básicas: el placer y el dolor (Maisonneuve 1953, p. 23).

En la cultura greco-romano de la Antigüedad convivieron la celebración epicúrea de lo afectivo, la práctica retórica que evocaba las emociones en su auditorio para persuadirlo (el *pathos* discursivo), la medicina mediante el habla y la emoción (*psicagogia*) y la visión de los estoicos, quienes aspiraban llegar a la felicidad perfecta (*ataraxia*) con un sometimiento de las emociones, por cuanto las concebían como un fenómeno patológico a superar para alcanzar el estado de apatía (*apatheia*). No obstante, de manera general, en la retórica romana la emoción ocupaba un lugar positivo; al crear un discurso (*inventio*) se debía convencer y emocionar, tanto con el carácter del personaje que habla

(*ethos*) como con las pasiones evocadas en el auditorio (*pathos*). Al disponer los elementos de un discurso, el inicio y el fin debían tener una fuerte carga emocional (*animos impellere*). La elocución se dividía en elección (*electio*) y composición (*compositio*), la elección producía emocionalidad con tropos y figuras (Shanker y Reygadas, 2002, p. 5).

Respecto a las emociones, Renato Descartes (1596-1650) tiene un sitio singular. Él es el primero en buscar sus causas y hallarlas en la agitación de los espíritus animales, en establecer la separación entre ellas y la cognición y en tratar en forma sistemática el aspecto físico y fisiológico de las mismas; además, entiende los conflictos internos como colisión entre el alma y el cerebro. Constituye una característica de sus consideraciones la presencia del control de las emociones propio de los estoicos. Su punto de partida y perspectiva fue la física, ya que para él el conocimiento de esta ciencia y la fisiología ayudaría a la filosofía a conquistar el método mecánico que enlaza la triada experiencia-razón-virtud (Shanker y Reygadas, 2002, pp. 5-6).

Sobre la base cartesiana han tomado consistencia algunos criterios respecto a las características de las emociones: son las formas más explosivas de lo afectivo (Maisonneuve 1953, p. 23), “combinación de un *proceso mental evaluativo* simple o complejo con *respuestas disposicionales* a dicho proceso, la mayoría *dirigidas al cuerpo mismo*” (Damasio 1994, p. 65); son “disposiciones corporales dinámicas que definen los distintos dominios de acción en que nos movemos” (Maturana 2001, p. 7); son “los estados de *percatamiento*” corporal y no conceptual de que dispone un organismo vivo para responder — en la mayoría de las situaciones de manera no consciente o involuntaria — a las situaciones cotidianas” (Cuartas 2017, p. 58-59). Acerca de ellas hay dos ideas resultantes de los intentos por clasificarlas. Una es que existen seis tipos primarios: alegría, tristeza, disgusto, ira, sorpresa y miedo; la otra es que es difícil determinar cuántas hay y cuáles son (Díaz y Flores 2001, p. 21).

En este tema son imprescindibles los criterios del filósofo David Hume, quien observa las emociones de una manera activa y las concibe como principios impulsores de la conducta y como fuentes motivacionales. Las ubica aparte de la razón, en una posición donde tienen prioridad sobre esta; las concibe como impresiones fuertes y violentas (aunque menos que las pasiones (Hume 2001, p. 20), aunque no es

posible determinar que no considerara que las emociones pueden llegar a ser tan violentas como las pasiones) (Hume 2001, p. 204).

Hume establece entre las emociones y el razonamiento una relación que hoy puede despertar curiosidad en cualquier estudioso: del mismo modo que las emociones dañan o impiden el razonamiento, este es perjudicial a las emociones. Según él, el espíritu, lo mismo que el cuerpo, parece hallarse dotado de un grado de fuerza y actividad, de sincronización, que el empleo de una facultad ejerce algún tipo de alteración sobre las restantes, (Hume 2001, p. 147). además, considera que las emociones no son un producto únicamente interno, pues también tienen base objetiva (Hume 2001, p. 248), se combinan entre sí y dan lugar a mezclas - como cuando se ama y se odia al mismo tiempo - (Hume 2001, p. 256).

Aunque en el propio siglo XVIII hubo otras consideraciones acerca de estos temas, así como también las hubo en el XIX y el XX, y so pena de condena por dar un salto tan grande en la historia, soslayando criterios y reflexiones interesantes, se llega al siglo XXI para atender algunas ideas del médico español Francisco Mora, quien caracteriza las emociones como “reacción conductual y subjetiva producida por una información proveniente del mundo externo o interno (memoria) del individuo” (Mora s.f., p. 14). A su vez, asegura que se acompaña de fenómenos neurovegetativos y que el sistema límbico es una parte importante del cerebro, que se relaciona con la elaboración de las conductas emocionales. Sostiene que las emociones se muestran mediante manifestaciones corporales, certifica que son neurovegetativas y sus causas son tanto internas como externas. Pero hay algo más, de extrema importancia, en sus criterios, y es que subraya la valía de las emociones en la vida de las personas; no siempre son perjudiciales.

En los estudios actuales acerca de estos asuntos se halla la distinción entre las emociones positivas y las negativas, así como la puntualización de que ambas se complementan. Entre los estudiosos de esta temática están las autoras Richau y Mesurado quienes conceptualizan las positivas como experiencias de satisfacción o placer y señalan que entre las más frecuentes están la alegría, la satisfacción, la serenidad y la simpatía; a su vez enfatizan que “aunque fenomenológicamente son distintas entre sí, comparten la propiedad de ampliar los repertorios de pensamiento y acción de las personas y de construir reservas de recursos

físicos, intelectuales, psicológicos y sociales disponibles para momentos de crisis” (Richau y Mesurado 2016, p. 31).

En la larga lista de estudiosos contemporáneos del tema está la autora Laura Mesa. Afirma que las emociones no solo son reacciones ante sucesos que ocurren en el mundo, pues tienen vínculo con la racionalidad De ellas señala dos características fundamentales. Una es que tienen objetos intencionales, es decir, un objeto o evento al cual se dirige y que esto las distingue de los estados anímicos, por ejemplo, el estado de depresión no tiene un objeto al que se dirija la sensación. Según esta estudiosa “los estados anímicos, aunque presentan muchas similitudes con las emociones, se distinguen de ellas al menos en este sentido: no tienen objetos intencionales porque no hay un objeto particular al que se dirija la atención” (Mesa 2018, p. 117). El otro rasgo que señala es que las emociones involucran conductas, una tendencia a actuar de cierta manera acorde con la emoción, (Mesa 2018, p. 118) no es simplemente una reacción.

Además de los aspectos teóricos anteriores, esta autora apunta que dentro del complejo de las emociones existe un fenómeno singular llamado *emociones recalcitrantes*. Con esta categoría hace alusión a la ruptura entre las emociones y los juicios; ambos, según hace saber, en general, se relacionan armónicamente, pero las emociones recalcitrantes no se corresponden con los juicios. Por ejemplo, una persona que se ha emocionado por algo, que sabe que no tiene por qué emocionarla (Mesa 2018, p. 119).

Otras consideraciones acerca de esta temática también son atractivas. Hay dos de ellas que amerita destacar. Una es la que gira en torno a su importancia, y no hace falta ampliarla, ni siquiera comentarla: “Ahora más que nunca nos estamos dando cuenta de la necesidad de acabar de una vez por todas con el desdén sistemático hacia nuestras emociones básicas y universales.” (Bisquerra s. f., 5). Y una segunda es la que se sostiene sobre la base de los vínculos que se establecen entre las emociones, la lengua y la cultura: “La emoción es refinada por la lengua, pero ese proceso de afinación de la competencia emocional es propio de una cultura en particular o de una civilización en lo general” (Shanker y Reygadas 2002, p. 19). Desde aquí los autores que la emiten llegan a una serie de conclusiones: en cada cultura se aprende a interpretar y a manejar los nexos entre el habla y las emociones, así como los tonos de voz; en cada lengua hay maneras particulares de presentar la sobrevaloración y la

subvaluación de las emociones, lo cual constituye la esencia emocional de una determinada cultura; las emociones se entienden como todo lenguaje, por convención. Estos autores enfatizan la importancia de las emociones y subrayan las relaciones que se tejen entre ellas, el lenguaje, la comunicación y, sobre todo, la cultura. No es desatinado apuntar que esta última influye no solo en la manera como se manifiestan las emociones y en su grado, sino también en su surgimiento, puede ser que un hecho emocione en determinada cultura y en otra no.

Este paseo por algunas concepciones acerca de las emociones conduce a aseverar que no huirles. Si son una característica consustancial al ser humano, se impone aprender a emplearlas, adaptarlas a las exigencias del momento, optimizar su existencia y aprovecharlas.

## LOS SENTIMIENTOS. UNA INCURSIÓN AL INTERIOR DE LA TEORÍA

Definir los sentimientos es una tarea complicada, a veces se dice que son la capacidad de sentir, pero esto se logra con cuatro de los cinco sentidos, pues no es costumbre, por lo menos en español, asegurar que se siente algo con la vista. De tal manera, definir los sentimientos como la capacidad de sentir es algo muy ambiguo. Otra definición que puede hallarse en la bibliografía especializada es que son estados interiores humanos, intensos, que cada individuo experimenta según determinadas circunstancias, pero de tal manera no se puede precisar a qué se hace referencia cuando se dice *interior*, porque puede ser cualquier órgano vital. Una tercera variante los delimita como estados de ánimo u opiniones inmediatas, que no se justifican con argumentos racionales, pues en ellos y con respecto a ellos, prevalece la espontaneidad y lo subjetivo, pero habría que definir qué son los estados de ánimo, por qué son incompatibles con los argumentos racionales y por qué tienen que ser espontáneos. Estas son algunas reflexiones expuestas no para condenar los criterios, sino para polemizar respecto a ellos.

La palabra sentimiento tiene su aparición en el ámbito filosófico, específicamente en la filosofía francesa del siglo XVII. Con este vocablo, proveniente del latín *sentire*: experimentar sensaciones producidas por causas externas o internas, Descartes designa los estados mentales ligados a las necesidades del organismo: el hambre, la sed, el dolor, entre otras similares. A partir de estos nexos, los concibe como

confusos, pasivos y los sitúa dentro de la categoría pasión. Tal ubicación es básica en su concepción. Por cuanto ve las pasiones contrarias a la acción (en tanto ofuscación), las percibe como una fuerza desmovilizadora y desde aquí caracteriza a los sentimientos como afición pasiva muy fuerte por alguien o por algo, pero también como una perturbación o afectación del ánimo (Maisonneuve 1953, p. 2). Es decir, para él, no son algo positivo.

En ese mismo siglo, el XVII, toman consistencia varias concepciones acerca de los sentimientos. Las más sobresalientes son la metafísica, la psicofisiológica y la intelectualista. La primera de ella procede de Blaise Pascal (1623-1662), quien no usa mucho la palabra sentimiento, pero le otorga una elevada valía a lo sentimental, que relaciona con el corazón y el instinto, lo opone a lo racional y lo ve como la vía inmediata y natural que permite comprender valores y principios para lo cual la razón es impotente, de aquí que para él es la clave del amor, la fe, la esperanza, la certidumbre interior que no tiene que ver las demostraciones; además, lo entiende no como un estado mental, sino como un acto espiritual que abarca valores. La segunda (psicofisiológica), tiene en el filósofo y matemático francés Nicolás de Malebranche (1638-1715) un gran exponente, a la luz de cuyas consideraciones, los sentimientos son un estado irracional que traduce la reacción del sujeto a su medio y se acompaña de modificaciones corporales; enfatiza la oposición entre los sentimientos y la razón. La tercera (intelectualista), se debe al filósofo alemán Gottfried Leibniz (1646-1716), en ella los sentimientos son una forma confusa de inteligencia, la palabra sentimiento no designa ni pasiones, ni estados afectivos, ni el impulso del amor, sino la conciencia confusa que se tiene de los objetos y valores; entiende los sentimientos como una opinión vaga e inmediata (Maisonneuve 1953, p. 3-5).

En los siglos XVIII y XIX fue grande la exaltación de la sensibilidad, la pasión y los sentimientos. Se les dio más importancia a sus méritos que a esclarecer su esencia. Entre quienes emitieron criterios acerca de este tema o explayaron teorías en torno a él, están dos filósofos escoceses: David Hume (1711-1776) y Adam Smith (1723-1790), y uno francés: Jean-Jacques Rousseau (1712-1778).

Hume afirma que “todo lo que penetra en el espíritu, siendo en realidad una percepción, es imposible que aparezca diferente al sentimiento” (Hume 2001, p. 150). Es de

entender esta sentencia, porque una de sus posiciones teóricas básicas es que todo se siente. Ahora bien, ve los sentimientos como resultado de las impresiones secundarias o reflexivas, lo cual se puede entender si se aclara que las percepciones de la mente las divide en impresiones e ideas y que clasifica las primeras en originales y secundarias. Las originales (que también son de sensaciones) son las que, sin ningún antecedente, emergen del espíritu o por la impresión de los objetos sobre los órganos externos. Las impresiones secundarias (también las denomina reflexivas) proceden de las originales o de las ideas; cuando proceden de las originales, se trata de impresiones de los sentidos, aquí incluye los dolores y placeres corporales; cuando proceden de las ideas, se trata de las pasiones y otras emociones semejantes, por su intensidad. Este tipo de impresiones (las reflexivas) pueden ser tranquilas o violentas; del primer género es el sentimiento de la belleza y la fealdad en la acción, composición y objetos externos; del segundo son las pasiones de amor y odio, pena y alegría, orgullo y humildad (Hume 2001, p. 207-208). No es objetivo del presente texto detallar los criterios del filósofo en torno a estas temáticas, los cuales son complicados y polémicos, tal y como opinaba el mismo Hume; no pocas temáticas de este universo las dejó abierta a otros estudiosos.

La importancia atribuida a lo afectivo, en particular a los sentimientos, ocupa un sitio relevante en J. J. Rousseau, que puede captarse cuando, a modo de sentencia, asegura que “los hombres no habrían sido siempre más que monstruos, si la naturaleza no les hubiera dado la piedad en apoyo de la razón” (Rousseau 2012, p. 168). Además, y como puede verse, no separa la afectividad y la razón, antes bien, entre ellas establece nexos colaborativos.

En cuanto al otro escocés y también economista (muy conocido por esta faceta), Adam Smith, es oportuno subrayar que tiene entre sus escritos *Teoría de los sentimientos morales*, obra que data de 1759. En ella expone sus criterios acerca de la vida moral y establece como su regulador a la simpatía, que “no surge tanto de contemplar la pasión, como de la situación que mueve a esta” (Smith 1941, p. 37), o sea, lo determinante es la causa, no el efecto. Por eso asevera que “la mayor causa de la simpatía es reconocer en el prójimo sentimientos altruistas para todas las emociones de los demás. Cada cual se regocija cuando advierte que los demás hacen suyas sus pasiones” (Smith 1941, p. 41). De tal suerte, concibe la simpatía como el don que posee cada quien de

hallarse a sí mismo mediante su mirada (donde conjuga dos miradas: la de él mismo, pero como espectador de su conducta, y la del ser, cuya conducta él mismo trata de juzgar) y la de los demás, porque le es de suma importancia la opinión ajena (Abbagnano s.f, t. 2, p. 297).

En el XIX varios filósofos le brindaron su atención a los sentimientos, como el filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860), quien dedicó no pocas reflexiones a la piedad; el danés Sören Kierkegaard (1813-1860), el cual desplegó buena parte de su pensamiento en torno a la angustia; y el filósofo francés Víctor Cousin (1792-1867), quien delimitó las facultades del alma en tres grupos: la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad, división esta que fue muy difundida en los centros de enseñanza de su época, incluso más allá de su país, aunque ve cada una de estas facciones como una autonomía ilusoria (Maisonneuve 1953, p. 6).

Entre finales de ese mismo siglo y en las primeras tres décadas de la vigésima centuria, en los estudios filosóficos del universo espiritual humano tiene un sitio peculiar el filósofo y religioso alemán Max Scheler (1875-1928). Un aspecto de gran importancia para sus consideraciones en torno a estos asuntos es la idea de *la razón del corazón*, de Blas Pascal; se halla de modo explícito en sus palabras siguientes, donde enlaza esa idea con la influencia sobre el individuo de la educación, la cultura y las condiciones sociales e históricas. Así expresa:

“Existe una cultura del corazón, de la voluntad, del carácter y, merced a ella, una ‘evidencia’ del corazón, un orden del corazón, una lógica del corazón (Pascal), un tacto y un espíritu de finesa en el sentir y en el valorar, una forma estructural de los actos del sentimiento, forma históricamente mudable y, no obstante, rigurosamente *a priori* respecto de la experiencia continente; forma que no surge de modo esencialmente distinto que las formas de la inteligencia” (Scheler 1999, p. 65).

Según puede deducirse de sus escritos, lo afectivo es el principio, el núcleo y el derrotero de muchas de sus reflexiones. En sus juicios se conjugan la teoría de los valores, la del sentimiento intencional y la de la persona. La primera, o sea, la teoría de los valores, se puede sintetizar (so pena de que quien la sintetice se convierta en asesino de ideas) en la objetividad de los valores; la segunda consiste en que estos - los valores -, no se deducen de un fundamento metafísico, ni

de la experiencia, ni de los sentimientos sensibles, pues son aprehendidos por la intuición sentimental, que no es el sentimiento sensible, ya que apunta a los valores, los cuales tienen carácter objetivo y como tales tienen sus propias leyes. Sobre esta base considera que la persona no es racional-universal (porque se despersonaliza), ni individual empírica (porque los actos racionales son supraindividuales), sino la unidad de actos esencialmente diversos.

Para el filósofo alemán los sentimientos quedan envueltos en la toma de interés por alguna cosa y este es resultado de la asimilación de los valores; por eso concibe los sentimientos como resonancias subjetivas de los valores (Scheler 1999, p. 50). Los sentimientos para él son autónomos, iniciales, complejos y activos, a su vez, nunca se reducen a una simple afección de carácter orgánico, siempre tiene un significado y una intención, cada uno de ellos es estado y acto. Por esta causa están enlazados al conocimiento, a la voluntad y, al mismo tiempo, a las iniciativas. Según sus reflexiones, primero está la aceptación o el rechazo, y luego el conocimiento. Esta posición teórica tiene extraordinaria importancia en la actualidad y no pocos autores la han asimilado y se acercan a ella de algún modo.

En el siglo XX no faltaron los estudios acerca de los sentimientos. En la primera mitad de esta centuria, los psicólogos se destacaron por el interés hacia estos temas y por su estudio. La mayoría de ellos tomaba partido por la naturaleza mental de los sentimientos o por su origen orgánico y junto a ello se pronunciaba en torno a la esencia de los estados afectivos en dos direcciones: la intelectualista - los derivan del conocimiento - y la psicológica - pueden existir fuera de la inteligencia, pues tienen su raíz en los instintos (Maisonneuve 1953, p. 9). Entonces se solía identificar las palabras sentimiento, emoción, estados afectivos y afecto (Maisonneuve 1953, p. 23).

A la vigésima centuria pertenece el criterio de la autora húngara Agnes Heller (1929). Para ella “sentir significa estar implicado en algo” (Heller 1980, p. 15). Según su parecer, la implicación puede ser positiva o negativa, activa o reactiva, directa o indirecta; y sus reguladores son el límite tolerado por la homeostasis biológica, las costumbres y los ritos sociales. O sea, que en los sentimientos son decisivos lo biológico y lo sociocultural. A propósito, no está de más enfatizar que lo humano no está en lo biológico, ni en lo social, sino en la conjugación de ambos.

En el siglo XXI, entre los criterios acerca de estos asuntos teóricos, tienen su espacio los del médico español Francisco Mora, para quien los sentimientos son “esa sensación consciente de una determinada reacción emocional” (Mora s. f, p. 16), o sea, son la sensación dirigida a un objeto, movida por una intencionalidad, que a su vez llevan en sí.

Después de este recorrido por las consideraciones e ideas de tantos pensadores, se hace necesario delimitar a cuál conclusión se ha llegado respecto al contenido esencial de esta parte del texto. Los sentimientos son respuestas conscientes-inconscientes, espontáneas, estables y duraderas, propias de la naturaleza de un individuo, que salen de las mayores profundidades humanas y se manifiestan en situaciones similares, sobre la base de las vivencias individuales, portadoras de su historia, así como de la moral, la sociedad y la cultura que le son su entorno.

## LAS PASIONES: GRAN FUERZA, MÁS ALLÁ DEL SUFRIMIENTO

El término pasión se deriva del griego *pathos*, que equivale a sufrimiento. No es una idea descabellada pensar que el vínculo que se ha establecido históricamente entre la pasión y el amor tenga relación con la antigua creencia en los andróginos, seres primitivos compuestos de hombre y mujer, divididos por los dioses, como castigo, en dos mitades que desde entonces se buscan con un gran desespero para volverse a unir y reconstituir el ser originario.

En la Antigüedad, Platón deja ver explícitamente que asocia las pasiones al cuerpo y que para él son negativas, son la exaltación negativa de los sentimientos (Platón 1872, t. 9, p. 14); por eso, considera que para llegar a la felicidad hay que apartarse “de errores, insensateces, terrores, pasiones salvajes, y de todos los demás males humanos” (Platón s. f., p. 32). En cuanto a este tema, Aristóteles se destaca más que Platón y refiere dos modalidades de ellas: “Pasión se dice de las cualidades que pueden alternativamente revestir un ser, como lo blanco y lo negro, lo dulce y lo amargo, la pesantez y la ligereza y todas las demás de este género. (...) Pasión (...), se dice más bien de las cualidades malas, y sobre todo se aplica a las tendencias deplorables y perjudiciales. En fin, se da el nombre de pasión a una grande y terrible desgracia” (Aristóteles 201, p. 372).



Con estas palabras, no caben dudas respecto a la naturaleza negativa de esta categoría, que en él está ligada a la tragedia y la catarsis. Cree que esta última ejerce una función purificadora, ya que libra al alma del espectador de las pasiones que la tragedia representa, aunque no está claro si entiende la catarsis como purificación por las pasiones, o purificación de las pasiones. En este aspecto se diferencia de su maestro Platón, quien opina que la acción dramática estimula en los espectadores las pasiones violentas Abbagnano s. f., t. 1, p. 133).

Aunque después de Platón y Aristóteles, muchos filósofos y otros estudiosos les dieron importancia a las pasiones y emitieron consideraciones importantes, muchas se van a soslayar y se va a pasar directo al Renacimiento, donde se sintetizan muchos criterios anteriores esa etapa.

Uno de los autores del siglo XVI que le brinda atención a este tema es el filósofo español Juan Luis Vives (1492-1540). En su *Tratado del alma* concibe las pasiones como movimiento del alma y aseguraba que su fuerza principal la adquiriría del cuerpo. Su estudio es un acercamiento a los procedimientos para calmarlas y recuperar el control sobre sí mismo, porque las veía como afectación del alma, y opinaba que se calmaban por medio de los sentidos y sus efectos. Ve las pasiones como un estado de inestabilidad y alteración que afecta el cuerpo y la psiquis y que equivale a un cambio físico y espiritual (González 2012, p. 1).

En el Renacimiento, desde la perspectiva médica, se entendía las pasiones como conjugaciones de cambios físicos y mentales. “De acuerdo con la medicina renacentista, cuerpo y alma se mantienen unidos y cambian al unísono, como en la imagen de los elementos naturales que usa Vives. De esta manera, las pasiones pueden controlarse cuando se actúa sobre el cuerpo” (González 2012, p. 4). De ese modo, el amor se veía junto a las pasiones y se afirmaba que la solución estaba en lo que hoy se conoce como la satisfacción sexual, aunque también se consideraba que la solución para ello era la búsqueda de la belleza, porque así se logra un acercamiento a lo divino.

En este tema es inevitable el nombre de René Descartes por su tratado *Las pasiones del alma* (1649). En esta obra expresa que concibe al ser humano como la unión de alma y el cuerpo y define las pasiones del modo siguiente: “percepciones, o los sentimientos, o las emociones del alma, que se refieren

particularmente a ella, y que son causadas, sostenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus” Descartes s. f., s. p.) Él mismo explica a continuación el porqué de su definición: las llama percepciones para destacar que no son acciones del alma o voluntades, ni designa conocimientos evidentes; las llama sentimientos porque el alma no las conoce y son recibidas del mismo modo que los objetos de los sentidos exteriores y las llama emociones porque cuando llegan al alma la agitan fuertemente. También aclara que las considera del alma, para diferenciar estos sentimientos de los que se refieren a objetos exteriores, que la relaciona con el movimiento de los espíritus, para diferenciarlas de las voluntades que se pueden llamar también emociones del alma porque son causadas por ella misma.

Descartes deja entrever que reconoce que las voliciones pueden mover el cuerpo y que hay movimientos de este que afectan al alma: “lo que es acción en el cuerpo es pasión en el alma” (Cantero 2012, p. 251). Para él, aunque las pasiones son propias del alma, nacen en el cuerpo, porque están unidos; por eso, no se pueden definir o considerar como movimientos o apetitos del alma, donde todo movimiento refiere voluntad; de aquí que para él las pasiones son *pensamientos no claros y distintos, oscuros y confusos* (Cantero 2012, p. 254) que predispone al alma a querer lo que es útil al cuerpo.

Pero Descartes concibe la voluntad libre ante las pasiones, por ello, la primera no siempre cumple los dictados de la segunda; la voluntad es soberana al actuar, independiente de las pasiones. Según el francés, la voluntad es más importante pues puede desestimar lo pasional. “Las *almas fuertes* son aquellas en las que la voluntad combate con los *juicios firmes y precisos* sobre el bien y del mal, según los cuales ha resuelto conducir las acciones de su vida. Pero las almas que no vencen con esas armas, se limitan a combatir dirigiendo unas pasiones contra otras. Las *almas débiles* son aquellas cuya voluntad sigue tan sólo las *pasiones del momento*, que al ser contrarias entre sí tiran de ella en una dirección y en otra, llevándola a un estado deplorable. La voluntad se hace esclava y desgraciada a causa de esas pasiones que no logra dominar” (Cantero 2012, p. 255). Para él, los juicios firmes son la virtud; desde esta se combaten las pasiones y se vencen.

En la obra de referencia, Descartes les impregna a las pasiones un estado de servidumbre del cual los humanos deben liberarse, y pueden hacerlo con su capacidad racional y su

voluntad. Tal estado propició que se le atribuyeran características como la pasividad (contrarias a la acción, desmovilizadoras), la perturbación o afectación del ánimo y la afición extremadamente fuerte por alguien o por algo.

Otro autor imprescindible en el desarrollo de este tema es el filósofo británico David Hume, de quien es la afirmación siguiente, de suma importancia en la actualidad:

“Nada es más usual en la filosofía, y aun en la vida común, que hablar de la lucha entre la pasión y la razón y darle preferencia a la razón y afirmar que los hombres son solo virtuosos mientras se conforman a sus dictados. (...) Para mostrar la falacia de toda esta filosofía, intentaré primero probar que la razón por sí sola jamás puede ser motivo de una acción de la voluntad, y segundo, que jamás puede oponerse a la pasión en la dirección de la voluntad” (Hume 2001, p. 301). Desde aquí no ha extrañar que afirme que las pasiones “actúan sobre mí y me dirigen” (Hume 2001, p. 203).

Para Hume las pasiones son emociones más intensas y complejas, por cuanto las emociones, son “pasiones más débiles que se derivan de la consideración de cada una de las partes del objeto” (Hume 2001, p. 117). Al referir las pasiones establece relaciones con otras categorías. Una de ellas es las creencias, afirma: “Del mismo modo que la creencia es casi absolutamente necesaria para excitar nuestras pasiones, las pasiones, a su vez, son muy favorables a la creencia, y no solo los hechos que producen emociones agradables, sino también (...) los que nos causan dolor” (Hume 2001, p. 101).

Hume considera que las pasiones pueden surgir de las creencias, de la realidad y de la ficción poética, de esta última pueden surgir todos los tipos de pasiones, pero con la diferencia de que lo que en la vida real es desagradable, puede que cause agrado en una obra poética y viceversa. Sobre esta base sostiene que “la diferencia de las pasiones es una prueba clara de una diferencia análoga en las ideas de las cuales las pasiones se derivan” (Hume 2001, p. 104). Amerita subrayar que para este filósofo las ideas pueden surgir de las pasiones, pero estas también pueden ser causa de las primeras. A su vez, sobre las percepciones influyen las reflexiones y las pasiones, con lo cual abastecen de ideas a la memoria (Hume 2001, p. 161).

La noción de David Hume acerca de las pasiones “es una percepción de la mente de una emoción vehemente y ardorosa: fuerza impulsora y fuente motivacional. Ímpetu,

energía vital, próxima al instinto, inclinación o disposición natural cuya esencia es el sentimiento” (Sánchez 2013, p. 154). Si hay algo significativo en estas ideas de David Hume (las pasiones, y la afectividad en sentido general) es su mirada compleja y el papel activo que le otorga en cuanto a los seres humanos, con lo cual supera la escisión razón-afectividad y, al mismo tiempo, se impone al racionalismo que reduce al ser humano a su capacidad racional y lo transforma en un objeto pensante carente de afectividad o, en el mejor de los casos, se reconoce lo afectivo en él, pero se subraya que puede vencerlo y si lo logra, se destaca como un mérito, como un ejemplo a seguir.

Independientemente de cualquier criterio positivo o negativo en torno a la afectividad y a las pasiones específicamente, estas ejercen influencia sobre los seres humanos y pueden ser determinantes, de aquí la importancia de brindarles atención, de tenerlas en cuenta.

En cuanto a J. J. Rousseau, vale acotar que concibe la piedad como una pasión natural de los seres humanos, porque los conduce a que recuerden que tienen algo en común, además, que su principal efecto consiste en que los fuerza a salir de sí mismos, y los mueve a socorrer al que sufre. Atribuye a ella un lugar importante en la vida humana, aunque entiende que por sí sola es una fuerza débil e insuficiente que no se prolonga en una acción duradera. La reconoce como un sustrato sobre el cual pueden y deben apoyarse otras pasiones, es decir, es la base, el fundamento de otras. Si hay algo destacable en este filósofo en cuanto al tema de referencia es que para él las pasiones desempeñan un rol primordial a la hora de explicar la conducta humana (Pollitzer 2013, p. 32).

En lo que respecta a Adam Smith, uno de los aspectos más importante de sus reflexiones, junto al papel fundamental que le otorga a la simpatía, es que destaca el carácter individual de lo afectivo; no deja dudas de que lo común entre ellas es que son individuales. Asegura que por mucha imaginación que alguien tenga respecto a las emociones, los sentimientos y las pasiones de los demás, nunca va a sentir como quien padece (Smith 1941, p. 31), aunque sostiene que en “ciertos casos, parecerán trasfundidas de un hombre a otro, instantáneamente, y con prioridad a todo conocimiento de lo que las estimuló en la persona primeramente inquietada” (Smith 1941, p. 31), o sea, la causa. Pero “la condición para solidarizarse con las pasiones de los otros es

que haya armonía perfecta con las emociones de simpatía” (Smith 1941, p. 35).

Otro aspecto de las reflexiones de Adam Smith, que tiene gran importancia teórica, es que ve las pasiones ligadas a la imaginación. A estos nexos favorece su opinión siguiente: “Cada facultad de un hombre es la medida por la que juzga de la misma facultad en otro” (Smith 1941, p. 52). Pero insiste que, aunque se despliegue una imaginación inmensa, nadie nunca va a sentir la afectividad de otra persona como la siente ella: la afectividad es netamente individual. Ahora bien, tal posición no puede entenderse como que ve lo afectivo aislado de la sociedad; al contrario, para él es, en sentido estricto, histórico-concreto, y lo expone de varias maneras a lo largo de su texto; no obstante, no le impide opinar que “las pasiones se justifican a sí mismas, mientras se estén sintiendo,” (Smith 1941, p. 35), o sea, pueden cambiar las condiciones objetivas, pero la persona puede seguir su apasionamiento y eso basta para que su existencia tenga razón de ser.

En la concepción de Smith tienen un sitio básico la piedad y la compasión; algo que lo acerca a J. J. Rousseau. Sobre este fundamento, en sus reflexiones expone explícitamente una clasificación primaria de las pasiones en agradables (el amor y alegría) y amargas y dolorosas, (Smith 1941, p. 106), que se corresponde con el bien y el mal, cimiento histórico de la moral y la afectividad. Sobre ellas y en nexos con ambas, ubica las emociones violentas, que pueden darse por amor o alegría, pero también por tristeza o cólera; apunta que en cualquiera de estos casos se pueden nublar los juicios. De sus reflexiones se infiere que es preciso evitar el arribo a ese nivel de ofuscamiento: uno de sus mensajes más trascendentales.

Otra de las consideraciones interesantes e importantes acerca de las pasiones, data de finales del siglo XX y pertenecen al filósofo italiano Remo Bodei (1938). Cuando habla de ellas tiene en cuenta las emociones, los sentimientos y los deseos. Las ve “como estados que no se añaden del exterior (...) sino que son constitutivos de la tonalidad de cualquier modo de ser físico y hasta de toda orientación cognitiva” (Bodei 1995, p. 3). En su concepción, las pasiones “preparan, conservan, memorizan, reelaboran y presentan los ‘significados reactivos’ más directamente atribuidos a personas, cosas y acontecimientos por los sujetos que los experimentan dentro de contextos determinados, cuyas formas y metamorfosis evidencian. Dejan en realidad que sea la ‘razón’ misma - a

posteriori presentada como provisionalmente arrollada y seducida - la que establezca el objetivo y el alcance de su acción, individuando los objetos sobre los cuales irrumpir, midiendo el punto en que detener el ímpetu, dosificando la virulencia de actitudes disipativas” (Bodei 1995, p. 3-4).

Respecto a las pasiones tiene buenas expectativas ya que le reconoce una significativa utilidad para preparar y conservar lo que se quiera, pero también para andar en pos de la reelaboración de aquello que ya no satisface como ha llegado hasta hoy, pero que no debe desaparecer, por lo menos por ahora, aunque el ímpetu de todo este remolino formado no solo por las pasiones, sino también por las emociones, los sentimientos y los deseos, Bodei lo limita, para regularlo, a la autoridad de la razón; así observa una especie de conexión entre ambas, una malla de vínculos que no siempre se muestra con claridad. No ha extrañar, entonces, que el filósofo italiano asegura que las pasiones se caracterizan no solo por ser conflictivas o pasivas, pues matizan lo subjetivo, impulsan, atentan contra la inercia y la monotonía. Por eso pregunta: “¿Valdría la pena vivir si no probásemos alguna pasión, si tenaces e invisibles hilos no nos atasen con fuerza a cuanto - por diverso título - nos llega al ‘corazón’, y cuya pérdida tememos? La total apatía, la falta de sentimientos y de re-sentimientos, la incapacidad de alegrarse y de entristecerse, de estar ‘lentos’ de amor, de cólera o deseo, la misma desaparición de la pasividad, entendida como espacio virtual y acogedor para la presentación del otro, ¿no equivaldría tal vez a la muerte?” (Bodei 1995, p. 4).

Pero por la misma causa dicho autor se formula otra interrogante: “¿Por qué no concebirlas, pues, como formas de comunicación tonalmente ‘acentuada’, lenguajes mímicos o actos expresivos que elaboran y transmiten, al mismo tiempo, mensajes vectorialmente orientados, modulados, articulados y graduables en la dirección y en la intensidad?” (Bodei 1995, p. 4).

No hay dudas de que es necesario, y más aún, urgente, subrayar que hoy, cada vez con mayor fuerza, hay que cambiar el modo de mirar las pasiones y llegar a aprovechar lo que tienen de útil; además, son componentes del ser humano y esto basta para prestarles atención.

Las pasiones no en todos los casos se reducen a manifestaciones somáticas, a veces se conciben como síntomas de una realidad que afecta, sobre todo, la vida en

sociedad (Surralléz 2005, p. 4). A propósito de esta idea, no resulta superfluo acotar que puede hablarse de pasiones positivas y negativas (según sus efectos) y, muy relacionadas con ellas, también puede hacerse mención a altas y bajas (debido a sus orígenes y tendencias).

De manera opuesta, no faltan autores quienes relacionan las pasiones al cuerpo y las aproximan a las emociones. Uno de ellos considera que la teoría de las pasiones puede referir la naturaleza del cuerpo y la unidad substancial humana, así como las relaciones morales entre los deseos del cuerpo y las aspiraciones de la razón; y opina así porque las concibe como “la impresión que un fenómeno del mundo causa en el cuerpo y también el impulso corporal que surge de esa impresión” (Rodríguez 2011, p. 323). Sobre esta base asegura que las pasiones tienen que ver con los sentidos, los apetitos, los deseos que la información del mundo despierta. Aquí fundamenta la necesidad de educarlas, porque “el cuerpo humano debe educarse para ser capaz de sentir cosas nuevas y engendrar nuevos impulsos” (Rodríguez 2011, p. 331). Su argumento se apoya en que el cuerpo humano es moldeable y capaz de sentir lo agradable y otras sensaciones desconocidas; al mismo tiempo enfatiza que depende no solo de eso, sino también de que todo cuerpo humano y su dueño, pertenecen a una cultura determinada, que llega a imponerse. Junto a eso considera que, si ciertamente las facultades humanas son autónomas respecto a las pasiones, entre ambas hay implicaciones.

## CONCLUSIONES

Las pasiones y junto a ellas, las emociones, los sentimientos y la afectividad como un todo, forman un universo repleto de laberintos por explorar y de una inconmensurable valía para el ser humano, porque está constituida por todas sus fuerzas, positivas y negativas, no corporales (aunque influyen sobre su físico y pueden determinar sobre él), cuya acción sobre el presente y el futuro humanos es de una valía no solo indiscutible, sino creciente. Es en este terreno donde se ha de buscar la potencia humana y lo más prometedor de cuanto es capaz de encaminar a los humanos a su mejoramiento como seres perfectibles que son.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abbagnano, Nicolás, Historia de la filosofía, Edición Revolucionaria, La Habana s.f., t. 2.
- Aristóteles. Metafísica, en Rita María Buch Sánchez. Antología. Historia de la Filosofía. Editorial Félix Varela, La Habana, 2012.
- Bodei, Remo, Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad: filosofía y uso político. Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
- Carretero, Mario, "Introducción. Conocimiento y deseo en la obra de Jean Piaget", en Jean Piaget: Inteligencia y afectividad, Aique, Buenos Aires, 2005.
- Cuarta Corral, A., "En busca de la dimensión intencional de las emociones y los estados de ánimo", en Ideas y Valores 66. Suplemento no. 3, 2017, pp.58-59. <http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v66n3Supl.65636>
- Damasio, Antonio, Descartes' Error. Emotion, Reason and the Human Brain, New York, Avon Books, 1994. Citado por A. Cuarta Corral. En busca de la dimensión intencional de las emociones y los estados de ánimo", en Ideas y Valores 66. Suplemento no. 3, 2017, pp.58-59. <http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v66n3Supl.65636>, p. 65.
- Descartes, René, Las pasiones del alma. Biblioteca virtual universal. Artículo 27. <http://www.biblioteca.org.ar/LIBROS/1910.pdf>
- González, Olympia B., Juan de Arguijo y la expresión de las pasiones Aula lírica. Revista sobre poesía ibérica e iberoamericana, 4, 2012 [www.aulalirica.org](http://www.aulalirica.org)
- Heller, Agnes: Teoría de los sentimientos, Editorial Fontamara S. A., Barcelona, 1980.
- Hume, David, Tratado sobre la naturaleza humana. LIBROS EN LA RED. Edición Electrónica: Diputación de Albacete, Servicio de Publicaciones - Gabinete Técnico, 2001, [www.dipualba.es/publicaciones](http://www.dipualba.es/publicaciones).
- Maisonneuve, J., Los sentimientos, Salvat Editores, S. A., Barcelona-Madrid, 1953.
- Marina, José Antonio. "Precisiones sobre la Educación Emocional." Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado, vol. 19, núm. 3, diciembre, 2005.
- Maturana, Humberto, Emociones y lenguaje, Dolmen Ensayo, Santiago de Chile, 2001.
- Mesa, Laura. "El conflicto en las emociones recalcitrantes." Ideas y Valores, 67, Suplemento número 4, 2018.
- Mora Francisco. "¿Qué son las emociones?," en Rafael Bisquerra (coordinador) ¿Cómo educar las emociones? La inteligencia emocional en la infancia y la adolescencia., Esplugues de Llobregat, Barcelona.s.f., <https://faros.hsjdbcn.org/adjuntos/2232.1-Faros%206%20Cast.pdf>
- Morin, Edgar: Los siete saberes necesarios para la educación del futuro, UNESCO, París, 1999.
- Platón. Fedón. Edición digital, p. 32 <http://www.librodot.com>
- Platón. Las Leyes, en Obras Completas. Madrid, Medina y Navarro Editores, 1872, t. 9.
- Piaget, Jean., Inteligencia y afectividad, Aique, Buenos Aires, 2005.
- Pollitzer, María, "El rol de las pasiones en las sociedades democráticas. Un diálogo entre Rousseau y Tocqueville." Prismas - Revista de Historia Intelectual, vol. 17, núm. 1, 2013.
- Quintanilla Madero, Beatriz, "La educación de la afectividad", en Revista Panamericana de Pedagogía, no. 4, 2003. <http://portalderevistasdelaup.mx/revistapedagogia/index.php/pedagogia/index>
- Richau, María Cristina y Belén Mesurado. "Las emociones positivas y la empatía como promotores de las conductas prosociales e inhibidores de las conductas agresivas." Acción Psicológica, volumen 13, no. 2, 2016, <http://dx.doi.org/10.5944/ap.13.2.17808>



Rodríguez Valls, Francisco, “Naturaleza, hábito y educación de las pasiones.” *Pensamiento*, vol. 67, no. 252, 2011.

Sánchez Sánchez, Teresa., “La teoría de las emociones en las obras de David Hume: cognitivismo avant la lettre.” *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, vol. 40, 2013.

Shanker, Stuart y Reygadas, Pedro. “La red de la racionalidad: emoción y lenguaje.” *Cuicuilco*, vol. 9, núm. 24, 2002, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35102403>.

Scheler, Max, *El saber y la cultura*. Ediciones Elaleph.com, 1999.

Smith, Adam, *Teoría de los sentimientos morales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941.

Surrallés, Alexandre, “Afectividad y epistemología de las ciencias humanas”, en AIBR. *Revista de Antropología Iberoamericana*, edición electrónica, número especial, noviembre-diciembre, 2005. [www.aibr.org](http://www.aibr.org).